

*MEDICINA. Algunas observaciones sobre los inconvenientes de los libros de Medicina en mano del vulgo.—Discurso de don José Ramon Meneses en su incorporacion a la Facultad de Medicina, leído el 28 de marzo de 2867.*

Lleno de satisfaccion i reconocimiento por verme en este recinto, principiaré tributando a la Facultad que se ha dignado admitirme en su gremio ilustre las mas sinceras gracias. Disfrutaré en seguida, no ménos gustoso, la primera prerogativa de la merced que me ha dispensado i la pido venia para ocupar su atencion superior con algunas observaciones hechas *sobre los inconvenientes de los libros de Medicina en las manos del vulgo.*

Las ciencias naturales pueden dividirse en dos clases mirándolas con respecto a las ventajas que es posible sacar de su estudio; unas excluyen un mero saber, porque los diferentes ramos de que se compone, exigen un conocimiento completo i simultáneo: otros aunque requieren un trabajo continuado cuando se trata de profundizarlas, sin embargo pueden prestar algunos resultados ventajosos aunque el sujeto las posea superficialmente. La medicina se halla, sin duda, a la cabeza de las primeras: esta ciencia compuesta de un número tan crecido de hechos, esta ciencia en que tantas hipótesis se han sucedido unas a otras no puede ser útil a la humanidad, sino en las manos de aquel que haya abrazado el conjunto de los muchos ramos que compone el objeto de su estudio. Sin embargo se ha pretendido poner el arte de curar al alcance de todo el mundo, es decir, de aquellos que ignoran hasta sus mas simples elementos. ¿Cuál puede ser el grado de utilidad de las obras médico-populares? ¿Qué partido podrá sacar el pueblo de los conocimientos que le dan los tratados de medicina, aunque sean los mas completos? ¿Seria mejor que le fuera del todo desconocido el método de curar? Para responder a esto es necesario algunos pormenores.

Puede uno que no es de la ciencia hacer uso de los libros de medicina ya para sí mismo, ya para los demas? En uno i otro caso puede servirse de ellos con la intencion de preservarse de las enferme-

dades o de curarlas. Bajo estos diferentes puntos de vista voi a tratar de este objeto.

El estado de salud perfecta es como el bello ideal: estamos colocados en medio de agentes que tienden sin cesar a destruirnos: el menor extravio del régimen, una impresion moral algo viva i en fin una multitud de causas, producen al instante una alteracion en las funciones de la vida, alteracion que, sin embargo, no merece el nombre de enfermedad. Estos afectos pasajeros compatibles con el estado fisiológico no traen ningun inconveniente: se disipan por sí mismos cuando no se fija la atencion en ellos, pero no sucede lo mismo cuando el sujeto se entrega a la lectura de los libros del arte. La descripcion que ha leído ha hecho creer al individuo que se halla afectado del mismo mal, porque todo lo ha exajerado su imaginacion. Los jóvenes que se dedican al estudio de la medicina, sirven para probarnos cuan fácil es dejarse engañar sobre la existencia de una enfermedad que no existe. Si hemos de creer a los estudiantes, pocos dejan de estar atacados de una enfermedad peligrosa; la mayor parte de ellos dotado<sup>s</sup> de aquellas educacion que estiende la esfera de la imaginacion, i pudiendo ser comparados al vulgo cuando se hallan en los principios de la carrera médica, puesto que entónces solo poseen algunos conocimientos superficiales de la ciencia, padecen las mayores equivocaciones sobre el valor de los sintomas que notan en sí mismas. Yo mismo fuí enfermo de una hipertrofia imaginaria. Un caballero, mi amigo, tomó a Le-Roi como su favorito primero, i despues otro autor de hidropatía. En el primero, vió a su único médico i en el segundo al mas adelantado de los autores desde Hipócrates hasta nuestros días. La lectura de esos libros lo apasionaba tanto, que al fin murió sin consultar a ninguno de la ciencia, en medio de los aplausos a sus autores favoritos que la llevaron a la tumba. Estas aberraciones son muy difíciles de evitar, cuando sin conocimientos profesionales, los hombres se entregan a la lectura de los libros de medicina.

Hai hechos que prueban que muchos hombres dotados de la mejor salud, perecieron a la misma hora que anunciaban. En ello no vemos mas que la accion que ejerce la parte moral de la fisica. Si a veces han cesado repentinamente los fenómenos de la vida por efecto de una imaginacion atacada, ¿será de estrañar que uno piense haber adquirido un mal grave que está temiendo? Sirvan de ejemplo las enfermedades del corazon.

La medicina, esta ciencia que estiende su dominio a todas las demas, no se limita a la aplicacion de los medios fisicos. Las afecciones morales que ella sabe dirigir con mano maestra, suelen ser para la misma unas armas mas poderosas que la pomposa ostentacion de la farmacia. Una de las que favorecen de un modo admirable a la accion de los medicamentos es la confianza cuya voz dulce calma la inquietud e introduce la esperanza en el corazon. Pero esta feliz disposicion en un enfermo es tan fácil de desvanecerse, como difícil de arraigar: una accion mal interpretada, o una frase mal entendida basta para destruirla para siempre, i un libra de medicina popular es una de las causas mas apropósito para hacerla perder.

En las manos de un hombre del vulgo, cualquier tratado de medicina forma la base de su modo de ser i de su conducta: si tienen por conveniente llamar a un práctico recomendable, casi nunca dará oídos a sus consejos. En efecto: si este sigue las ideas indicadas por el libro, el hombre vulgar tan solo lo tendrá por un médico comun; si se presentan nuevas indicaciones, i el facultativo se separa del método seguido en un principio, entónces el enfermo desprecia los medios que se le aconseja o los usa con inquietud i repugnancia. Pero si desde el principio de la cura el médico tiene un modo de ver diferente del que ha adoptado el autor, si se opone a las opiniones del sujeto que lo ha llamado, entónces este, o desprecia enteramente lo que se le dice, i obra como si no hubiese llamado a nadie, o titubea por mucho tiempo en la duda de si ha de dar oídos a su médico o a su libro. ¿Cuántas veces la lectura de una disertacion médica ha sido causa de que se desprecien algunos consejos salubres? Richerande refiere que un hombre acometido de una *perincumonia* aguda, murió de ella, porque habiendo leído que la sangría era peligrosa no quiso que lo sangrase.

Los que no son médicos jamas llegarán al grado de experiencia que se exige en los profesores i tendrán siempre de las enfermedades una teoria viciosa. Las ideas que sacarán de los autores, serán mas o menos erróneas, porque en los libros que segun dicen están a su alcance, no encontrarán mas que principios incompletos, i en los que son de un orden mas elevado. Leerán preceptos que no les es posible comprender. Para conocer una ciencia es necesario hacer de antemano un estudio particular de los términos propios de ella, i en la medicina es cabalmente donde mas importa apreciar el justo valor de las palabras, porque, como dice Zimmerman, conviene saber leer las obras de aque-

llos que han abierto el seno de la naturaleza, i hallarse uno mismo en estado de comprender sus misterios.

La etiología es mui superior a la capacidad de jentes vulgares, i por tanto estas no pueden poner en uso mas que una medicina puramente sintomática, lejos de buscar el orijen de cualquier dolor, lejos de asegurarse si este procede de un virus sifilítico, de un reumatismo o de una relacion simpática con otro órgano que padece, al instante administran el método curativo que encuentran en su obra favorita; no remedian nada. Ignorando las leyes de la organizacion ¿podrán atender a la accion tan poderosa del sistema nervioso i a la influencia recíproca de las diferentes partes, cuya disposicion maravillosa establece una armonía entre todas nuestras funciones? Mui amenudo se habla del dolor en un órgano, i sin embargo otra es la parte afectada: así una inflamacion del hígado está acompañada de un dolor en el hombro derecho; este último es a veces mas fuerte que el que existe en la víscera inflamada: del mismo modo un estado saburral de las primeras vias se anuncia por un dolor de cabeza insoportable. En el primer caso, el hombre ajeno del arte aplicará tópicos al hombre i en el segundo dispondrá pediluvios o anti-espasmódicos, etc. No viendo mas que los síntomas que ha percibido, dejará de hacerse cargo no ménos de las causas que obran dentro de nosotros, que de la influencia de los agentes exteriores.

El que no está versado profundamente en la medicina, encontrará con mucha dificultad en un libro del arte la enfermedad que padece; por ejemplo la tabla de los síntomas del traductor de Buchan solamente serviria para confundir al lector: como un síntoma puede hallarse en veinte enfermedades, la tabla se remitirá a cada una de ellas, i el enfermo se hallará en la incertidumbre mas grande si tiene la paciencia de leerlo todo, al mismo tiempo se engañará infaliblemente sobre el carácter de la lesion que padece si se atiende a la historia de aquella que desde luego ha creído reconocer. Así es como encontrará la toz en el catarro pulmonal simple, en la pulmonía, pleuresia, tisis pulmonal, asma, toz convulsiva, anjinas laríngeas; la observará en el reumatismo de los músculos intercostales, en las aneurismas del corazon i de los grandes vasos, en la tisis laríngea, en la pericarditis, la hidropericarditis i el hidro-torax. ¿Qué caos tan inmenso para hombres que no han hecho un estudio particular de las enfermedades! No hai mas que tomar la obra de Buchan; i se verá que este autor a cada página se halla en la precision de confesar que la medicina popular es impracticable.

El hombre ajeno del arte ¿podrá jamás apreciar aquellos grados casi imperceptible que separan dos afectos diferentes, i que siendo semejantes en la apariencia reclaman un método opuesto? No por cierto; se engañará en los casos mas sencillos, lo mismo que cuando el diagnóstico sea algo espinoso. Todos los conocimientos médicos dice Pinel, deben ser deducidos inmediatamente de las historias individuales de la enfermedades? Es posible que hombres de mérito, como Andin Rouvière profesor de higiene, fundador del Ateneo real, i miembro de la oficina de consultas, desconociendo esta verdad, haya creído poner la medicina a un alcance de todo el mundo? En nuestro mismo país hai tales pretensiones; ningún médico dejará de haber visto libros de medicina en casa de sus enfermos: la medicina doméstica de Rouvière, el libro de los esposos, instrucciones para usar el gran purificador de la sangre, para usar las píldoras vegetales, las de Holloway i mil otras cosas por el estilo que no sirven sino para complicar por no conocer en todo su valor el laberinto contradictorio de la sintomatología.

Entre los muchos tratados de medicina popular que se han publicado en este siglo; unos contienen una doctrina conforme con el estado actual de la ciencia, pero otros son notables por las ideas erróneas que contienen en cada una de sus páginas. Un hombre instruido conocerá el valor de semejantes desatinos; pero el hombre vulgar, para quien, según Zimmerman, la medicina práctica no es otra cosa que la dicha de poseer una receta para cada enfermedad, estará tanto mas dispuesta a adoptar estas ideas cuanto mas se aproxime a la teoría humoral del pueblo.

Aun cuando llegase uno a conocer la especie de enfermedad que padece, no por eso formaría una idea muy exacta de ella; acaso la creería mas grave de lo que era realmente i entónces las afecciones tristes agravarian su intensidad. Así es como un melancólico dedicado a la lectura de los libros del arte, i predispuesto además a la tisis, vió que su enfermedad tomó un curso rápido i murió mas pronto porque se aconsejaba mal. El temor hará emplear medios peligrosos: el célebre Rocignon se dió la muestra así mismo tomando inconsideradamente vomitivos i purgantes. En otros casos se cree que el efecto es ménos grave de lo que es en realidad: una confianza ciega hace despreciar entónces los recursos del arte, i muchas veces se convierten en incurables un mal que se hubiera podido combatir fácilmente o a lo ménos se hubiera conseguido detener sus progresos. Si pere-

cen tantos enfermos de pulmonía, ¿no es porque suelen despreciar los medicamentos i el régimen conveniente en el principio de esta terrible enfermedad? El doctor Bayle, autor de un exelente tratado de la tisis pulmonal, padeció la misma enfermedad, cuya historia habia tratado tan perfectamente, i a pesar de su ilustracion sostenia que su mal no pasaba de ser un catarro crónico. Pero supongo el caso sumamente raro en que se conozca el grado de la enfermedad; ¿qué curacion pondrá en uso si uno se arregla a los libros del arte? Como el vulgo no considera la medicina mas que como el arte de dar medicamentos, elejiria siempre el método mas empírico i peligroso. No haciéndose cargo, como dice Richerand, de las innumerables modificaciones relativas a la edad, al sexo, al temperamento, etc., etc., no podrá ménos de caer de error en error.

La lectura de los libros del arte es tan peligrosa cuando se trata de enfermedades que pertenecen a la cirugía como en las enfermedades que pertenecen a la medicina. Richerand ha probado que las afecciones morales influyen mucho sobre las úlceras, citando a un enfermo que habia hecho sobre sí mismo una série de observaciones notables. Velpeau recomienda a sus operados o a sus heridos que eviten la tristeza, i procuren estar alegres, ¿no ha prohibido tácitamente con ello la lectura de los libros de medicina que tanto influyen en la imaginacion de los enfermos?

Si las enfermedades fuesen siempre las mismas, si nunca mudasen de carácter, si siempre fuesen tales como las pintan los libros, no seria imposible curarse uno así mismo los propios afectos morbosos; ¿pero cuánto dista esto de ser así! Las enfermedades, complicadas de mil maneras, i tomando un nuevo aspecto i un período nuevo, exigen una curacion variada: tal lesion simple en un principio, se reune al otro dia a cual otro, i el síntoma que antes fué secundario puede hacerse predominante despues. Semejantes consideraciones prueban “que es peligroso prescribir medicamentos sin tener ideas mas claras que las que de ordinario tienen los que no son médicos.

En fin, quiero suponer que uno reuna todos los conocimientos necesarios en la teoría i en la práctica; aun en este caso es peligroso curarse así mismo. En todos los tiempos se ha reconocido como una verdad que el mejor médico es inhábil para curarse sus propios afectos. Descuret refiere la historia de dos médicos, de los cuales el uno prolongo singularmente un cefaláljia poco grave por el uso de la sangría, i el otro se dió la muerte, reiterando a menudo este mismo medio, diri-

jiéndole contra una apoplejía a la que creía estar dispuesto.

El dolor obra con tanta fuerza sobre las funciones cerebrales que las sensaciones se exaltan o se entorpecen: cuando unos de nuestros órganos está alterado en sus funciones, el juicio i la memoria padecen mucho trastorno. Por consiguiente, es imposible apreciar entónces en su justo valor los síntomas que experimentamos i los consejos que nos dan. Así, pues, no es posible suponer en el enfermo bastante presencia de ánimo para formar juicio de las indicaciones que se presentan además, ¿no se puede perder la imaginación de repente? ¿No puede venir el delirio? ¿Entónces emplearía el sujeto los medios que corresponde?

Si no puede uno curarse así mismo con ventaja ¿podría llegar a curar a los demás con arreglo a una teoría leída casualmente en un libro médico-popular? El arte de curar, dice Sidenham, es superior a una capacidad ordinaria; es menester mas sagacidad para comprender su conjunto, que para todo lo que la filosofía puede enseñar. Puesto que todos reconocen esta verdad ¿cómo será posible hacer popular la medicina? Jamas se le podrá dar al vulgo la destreza de aprovecharse de la ocasión, i el arte de descubrir las indicaciones. Los que no son médico ¿podrán administrar purgas i vomitibos, siendo así que estos medios dados fuera de tiempo son capaces de producir una enteritis o gastritis mas o menos grave? ¿No debieran temblar cuando mandan una sangría al principio de un afecto cuyo carácter no pueden conocer? ¿Ignoran que un medicamento ventajoso puede convertirse en un veneno por falta de conocer exactamente las circunstancias que lo exigen?

(Si la obra en que confía un hombre poco versado en la medicina prescribe tisanas diluentes, la quietud i la dieta, no hai mas que escuchar a la naturaleza i a la razon, i entónces el libro es inútil. En la invasion de casi todas las enfermedades agudas hai falta de apetito, sed i aversion al ejercicio: sígase la que el mismo enfermo indica i no habrá peligro de causar la muerte cuando se vá en busca del alivio: así se conseguirá a menudo este último resultado.)

No siendo una buena práctica mas que la observacion, guiada por buenos estudios, el hombre vulgar nunca llegará a ser buen médico, i aun cuando adquiriese algunos conocimientos, seria despues de haber cometido muchas i muy graves faltas. Por el contrario, el médico ha visto i observado ántes de ejercitarse; los estudios i los hospitales le han familiarizado con las enfermedades, i de aquí es que

la experiencia de sus predecesores se confunde e identifica, por decirlo así, con la suya; por lo mismo que ha visto se halla en estado de apreciar las observaciones de los demas, i de hacer una justa aplicacion de ellas.

¡Cuántos hechos pudiera citar en que la pérdida de la salud o la muerte de los enfermos ha sido el resultado de la oficiosidad de un cualquiera que ejercia la medicina con un libro médico-popular en la mano! ¡Qué no pudiera decir sobre el modo con que algunos individuos administran medicinas a los enfermos en el departamento donde vivo!

Hai una multitud de enfermedades cuya marcha insidiosa inspira pocos temores a los que están poco versados en la práctica; al paso que, el hombre instruido, prevee un peligro real i sabe remediarlo.

Es menester que todos aquellos que por amor a la humanidad tratan de formar obras de medicina, tengan presente que la ciencia del médico se compone de una multitud de otras; que los estudios accesorios son indispensables; que la contemplacion de la naturaleza es el libro en que jamas se ha de dejar de leer; que para poseer el arte de curar, ademas de las disposiciones naturales i de la teoría, es menester reunir la observacion a la cabecera del enfermo, i juntar con el conocimiento de los medicamentos, de la organizacion del cuerpo humano, de las edades, de los lugares, de los temperamentos, etc.

¡Qué partido puede sacar un hombre vulgar de la lectura de los libros del arte cuando padece una enfermedad incurable i mortal? Si la lectura de la obra que trata de la enfermedad de que el sujeto está afectado, no declara su carácter i gravedad, el médico o los pacientes pueden llamarla por su nombre inadvertidamente: entónces el enfermo va a consultar el libro del arte, porque como observa Richerand, la inclinacion tan natural en el hombre de indagar lo que no comprende se anuncia siempre en la debilidad producida por el mal.

El enfermo, pues, abre el libro que le ha de ilustrar sobre los peligros que le amenazan: en él se le dice sin miramiento ninguno la verdad amarga, i nada encuentra que pueda reanimar sus esperanzas; consulta cien veces el artículo que le pronostica una muerte inevitable, su inquietud se aumenta; se entristece sin confesar la causa; continuamente apesadumbrado, adquiere un mal humor que lo hace insoportable para todos los que le rodean; i su espíritu inquieto agrava mas los peligros a que está espuesto: triste i abatido se niega a todo consuelo; cada dia aumenta sus temores i padecimientos, porque cada

dia, o mejor cada hora, va a consultar la obra i saca de ella nuevos motivos de terror: la pesadumbre acelera el momento que ha de terminar su penosa existencia; el mal hace rápidos progresos i el enfermo ve llegar con horror su último momento: nada confía en los cuidados de su médico; en vano se le oculta su estado; el enfermo desprecia sus consejos, no hace uso ninguno del régimen que el médico le ordena para prolongar su vida, ni de los medicamentos que le receta para calmar sus dolores, porque ha leído en su libro que no pueden curarlo. Entónces es cuando el enfermo, desesperado de los socorros del arte, se pone en manos de ciertos charlatanes desvergonzados, los cuales consumen las fuentes de la vida i aceleran una muerte que talvez se hubiera podido retardar i hacerla ménos cruel.

¿Es exagerado lo que acabo de decir? Yo deseo solamente que se haga esta pregunta a los verdaderos prácticos, los cuales no podrán ménos de confirmar con ejemplos de su propia esperiencia todo cuanto he sentado.

---

Mi tarea no seria concluida en el presente acto, si no recordara al médico ilustre cuyo asiento me ha llamado a ocupar la Facultad. Don Juan Miquel nació en Puerto Real, diócesis de Cadiz, el año de 1793. Su padre, médico célebre, lo destinó a la carrera de la medicina, en la cual don Juan se distinguió desde sus primeros estudios, obteniendo a la temprana edad de veinte años el título de cirujano i el de médico a los veinte i cinco.

Apenas daba cima a sus estudios, cuando en mayo de 1818 se embarcó en Cádiz con la expedicion que para el Pacífico capitaneaba la *María Isabel*.

Era la época gloriosa de la guerra de nuestra independenciam. El gran San Martin habia hecho triunfar el pabellon chileno en la famosa jornada de Chacabuco i Maipú i se preparaba a destruir definitivamente el tiránico dominio español en la República. La *María Isabel* tomada por nuestros valientes marinos, i don Juan Miquel cayó prisionero en noviembre de 1818 siendo conducido a nuestras playas. Desde entónces fué un verdadero chileno, i su patria adoptiva debe hacer memoria de su nombre con respeto i gratitud. En 1819 mi predecesor se hacia cargo por un miserable emolumento del hospital de mujeres de Santiago, destino que desempeñó con celo e intelijencia por el espacio de siete años. En la misma época visitó por decreto supremo las provincias del Sur, donde sin remuneracion al-

guna, prestó servicios importantes en circunstancias en que los facultativos eran excesivamente escasos. En 1820, tambien por orden suprema, redactó un compendio de hijiene militar que fué puesto en uso, i contribuyó en gran parte a la salud del soldado a bordo, en guarnicion i en campaña.

En 1822, se declaraba por primera vez en Chile una epidemia de erisipela gangrenosa que hacia numerosas víctimas. El doctor Miquel por encargo de la Municipalidad de Santiago publicó unos preceptos hijiénicos que con un éxito admirable precavian esa enfermedad o curaba en su invasion. El mismo año, una violenta enfermedad atacó al Jeneral San Martin, quien habria sido quizas arrebatado a la vida, a no ser por la contraccion i talento con que lo asistiera el señor Miquel.

En 1833, cuando el cólera, ese azote terrible que el Asia ha transmitido a la Europa, azotaba a ésta, se temió su invasion en América, a mi científico predecesor tocó el honor de ser encargado por el Gobierno para componer un método hijiénico, preservativo de esa enfermedad desastrosa.

En 1836, aparecia la enfermedad hasta entónces desconocida en Chile del grano o pústula maligna, el doctor Miquel tuvo la feliz idea de publicar una historia de las causas, curacion i medios profilácticos para la epidemia, obra que produjo excelentes resultados.

En 1847, fué mui aplaudida la memoria sobre los efectos físicos i médicos de la máquina electro-galvánico que mi predecesor leyó ante las Facultades de medicina i de ciencias físicas reunidas.

Su larga residencia en Chile le habia permitido prestar una atencion especial a las enfermedades del corazon, ya tan comunes en nuestro suelo i tan difíciles en su curacion. Para modificarlas i remediar en lo posible esta afeccion, escribió en 1849 una memoria sobre sus causas i medios curativos.

Largo seria enumerar todos los trabajos científicos que el doctor Miquel ha publicado en Chile; baste consignar aquí, que ha formado reglamentos para nuestros hospitales, los cuales han mejorado bajo su influencia; que ha dado a luz en las memorias leidas en el seno de la Facultad; en la prensa periódica observaciones sábias sobre la mayor parte de las enfermedades que reinan entre nosotros, i sobre el método de usar los baños termales que tan ventajosos resultados producen actualmente.

Elevado a los destinos de secretario de la facultad de medicina i

del Protomedicato en 1851, los desempeñó siempre con el tino e inteligencia que le eran característicos.

A sus conocimientos profundos debió el obtener en 1853, en oposición, la cátedra de patología interna i clínica en la cual lució su talento i saber, dirijiéndola hasta su muerte. Lo prueban sus alumnos numerosos i distinguidos.

¿Será menester que hable de su desinterés, de su humanidad, de la manera afable i simpática con que asistía a sus enfermos? ¿Será menester que os recuerde su espíritu observador i el estudio profundo que hacia de cada enfermedad, para emplear su ciencia con el tino debido i dar el alivio al paciente.? ¿Será menester, en fin, que os describa i enumere los importantes servicios que le debe esta Facultad? Seguramente que no; vosotros lo conocísteis mejor que yo; pero mi estimacion por él no es inferior a la vuestra.

En diciembre de 1865, la sociedad de Santiago fué sorprendida por la muerte casi repentina del mui ilustre i nunca bien sentido doctor Sazie, mi sapientísimo maestro, de quien el señor Miquel era un amigo íntimo i consagrado. Este duro golpe agravó las dolencias de mi antecesor i aceleró el fin de su vida empleada siempre en el bien de la humanidad. Le lloraron entónces sus discípulos, para quienes no fué un maestro sino un amigo i un cariñoso padre; lo llorásteis vosotros que gozásteis de su intimidad; lo lloró la clientela toda a que asistía, porque todos invocan el fondo de su ciencia i su caridad inagotable.

No tengo, señores, la pretension de llegar a la esfera elevada a que sus conocimientos i dotes naturales llevaron al señor Miquel; pero traigo ante esta científica Facultad un propósito inquebrantable de estudiar i de hacer el bien, como el médico distinguido que ahora reemplazo.

---

*JEOMETRÍA ELEMENTAL. Programa para el estudio i exámen de este ramo acordado por la Facultad de Matemáticas.*

Línea recta i plano.—Líneas angulosa i curva.—Ángulo: ángulo recto, agudo i obtuso.—Por un punto dado sobre una recta no se puede levantar mas que una sola perpendicular a ésta.—Ángulos adyacentes i opuestos en el vértice.

Triángulos: casos de igualdad.—Propiedades del triángulo isósce-